



GIUSEPPE, EL MONJE

Por Ada Albrecht

Se hallaba contemplando su imagen en las aguas de una fuente. Ellas se hallaban quietas, como si fueran de cristal. La imagen se reflejaba con tanta claridad que la superficie semejaba ser un verdadero espejo. Esa fuente pertenecía a uno de los tantos conventos franciscanos enclavados en los alrededores de Asís, y el que se contemplaba en ella era el joven monjecillo Giusseppe, de dieciocho años, que si algún sueño poseía en su corta vida era parecerse espiritualmente a su amado maestro Francisco. La observación de su cuerpo delgado, observación que realizaba hacía varios meses, durante todas las mañanas, tenía una razón, y esta era la de descubrir, es decir, imaginar o intuir por qué razón el Dios del Cielo lo había enviado a la Tierra vestido con ese ropaje corporal. Su alma moraba dentro de esa estructura carnal, pero su alma no podía hablarle, sino a través de sus intuiciones y de su imaginación.

—¿Para qué vine al mundo, Padre mío? —se decía—. ¿Para qué, sino para amarte, como hiciera mi padre Francisco? Desviar la mente de Tu amor es el más gigantesco de los suicidios,

la más torpe ceguera. No verte en todas las cosas, desalojarte de ellas y verlas desnudas de Ti es epitafio que habla de nuestra muerte interior. El olvido de Ti es la tumba del Alma. El Alma deja de existir cuando Te olvida y se sume en la peor de las muertes. Eso lo tengo bien aprendido, y ninguna tormenta que pueda presentarse en mi vida hará que olvide lo que se me ha enseñado. El corazón del pensamiento ha de nombrarte a cada instante; cada uno de sus “latidos-ideas” deben ser Tuyos, sólo Tuyos. La mente no debe conmoverse por los objetos que se deshacen en las manos del Tiempo. Permíteme Señor, que Te ame, permíteme que ese amor me haga pensar en Ti constantemente.

Por cinco años consecutivos el joven Giuseppe dialogó así con su Señor. Contemplándose en la fuente se repetía una y otra vez, mañana tras mañana, año tras año: “Sólo Dios en mí, sólo mi pensamiento en Él, sólo en Él y para Él toda mi devoción. Esa es la mejor manera de servirle”.

Al cumplir sus veintitrés años, el alma del joven Giuseppe abandonó su cuerpo. Ese día nació un ángel en el Cielo que sólo contemplaba a Dios en su corazón, que sólo pensaba en Él. En la Tierra, Giuseppe había muerto de una extraña fiebre. Le lloraron sus hermanos monjes. Si bien poco a poco ese llanto fue cambiando por intensa alegría, sobre todo cuando iban a las orillas de la fuente del convento donde Giuseppe medita-

ra. Sus compañeros, como reverencia a su recuerdo hacían lo mismo, y según confesaban, cuando esto sucedía, una intensa felicidad se apoderaba de todos ellos. Estaban convencidos de que esa dicha interior nacía de la dicha del joven Giuseppe. En ese lugar él se decía una y otra vez que sólo a Dios contemplaba en cuanto le rodeaba, que sólo en Dios pensaba, y que en la morada de su cuerpo reflejado en las aguas habitaba Aquel que era Dueño del mundo y de su corazón. Todas las mieles del Cielo, todas las joyas del cofre de la Devoción moraban en el alma de Giuseppe, y cuando partió de este mundo, las mismas fueron heredadas por sus compañeros del pequeño convento Franciscano que como tantos otros se levantaba en los alrededores de Asís, seguramente bendecidos con la invisible presencia del inefable Francisco.

Del libro Bhakti Sûtras con notas pedagógicas, Ed. Hastinapura
